A. Valdecantos, *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo*, Díaz & Pons, Madrid, 2014, 160 pp.

RECEPCIÓN: 13 de octubre de 2015.

APROBACIÓN: 7 de marzo de 2016.

Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que se quiere

En tiempos editorialmente aciagos, debería empezar a instituirse la encomiable costumbre de celebrar, con todo el júbilo imaginable, un libro como el que hoy nos convoca: *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo* de Antonio Valdecantos. Además de imperdonables francachelas, una reseña bien pudiera constituir una digna ofrenda. Sea.

A quien, imprudentemente, ya haya cometido la osadía de probar el fruto prohibido de la obra de Antonio Valdecantos, le resultará del todo familiar el castigo resultante: una indigestión de proporciones pantagruélicas, seguida de un calamitoso y crónico reflujo estomacal. Sendas secuelas —no solo en este volumen: consúltese, por ejemplo, *El saldo del espíritu*— tienen origen y son resultado de un mismo gesto: el meticuloso y sagaz desmontaje, sin solución alguna de restauración, del edificio moral moderno y tardomoderno. Y aquí, no estará de más subrayarlo, la ruina importa tanto o más que la detonación. Es él en el prólogo: “El propósito de este breve libro —quede advertido desde el principio— no es dar razones para reconciliarse con el mundo ni tampoco bosquejar programas que persuadan de la facilidad de mejorarlo, sino, si acaso, dejar ininterrumpida la desazón que sobreviene cuando las cosas se examinan sin poder entenderlas del todo”.

Dicho en breve: lo que consigue Valdecantos *siempre* —no esta vez, ni la anterior, sino siempre— es trastornarnos la existencia, la vida; es decir, nos perturba el sentido, la conciencia y la conducta y, de esta manera, nos

RESEÑAS

condena a un fastidioso destierro en el inhóspito espacio de la anormalidad. Alguno, no sin cierta razón, tras hojear las primeras páginas de cualquiera de sus libros (*La moral como anomalía*, *La fábrica del bien*, *La clac y el apuntador*) podría oportunamente espetarle aquello de: “Sr. Valdecantos, ya tenemos bastante con lo que tenemos, déjenos vivir en paz”. Pues bien, en cierta manera, lo que aquí se pone en juego es un efecto de poner patas arriba, sacar de quicio, etc., esa pacífica beatitud del súbdito que se cree “ciudadano”. No es casual, a tenor de lo anterior, el compulsivo interés mostrado en este escrito por el quicio, el giro o el movimiento y, por ende, que este eleve el telón haciendo alusión explícita a ciertas “retorsiones”, “inversiones” y “torcimientos” semánticos. No se olvide: estamos ante un sutil ejercicio de moral y de historia, si bien la perspectiva es estratégicamente retórica. Si hubiera, por ello, que compendiar en pocas palabras el objeto de esta embestida, podríamos decir *grosso modo* algo parecido a esto: nos las habemos con un jaque —lo del mate estará por ver— a la férula ideológica tardomoderna.

Sería de obligado paso reparar, dado lo inusual del término calificativo, en las categorías temporales que solemos adoptar en general para ubicarnos. No hay, se mire por donde se mire, se fuerce lo que se quiera forzar, una relación de sinonimia entre la desusada tardomodernidad y la hipermediática posmodernidad, y, en virtud de lo cual, la predilección mostrada por un prefijo en vez de por otro es probable que merezca algún breve comentario. Por de pronto, si no andamos errados, tal vez cupiera decir que no hay en semejante preferencia motivos relativos, pongamos por caso, a cierta continencia verbal o alguna suerte de conservadurismo subrepticio. Se opta por el primero y no por el segundo, antes bien, por razones —valga la pedantería— sustantivas. En efecto, según Valdecantos, precisamente porque persisten “residuos soberanos” y “fragmentos de autoridad” genuinamente modernos y, sin embargo, sea menester obliterarlos del discurso emancipatorio tardomoderno, nos hallamos todavía en cierta modernidad, aunque paradójica. No en vano, esta suerte de *double bind* entrañaría lo que la posmodernidad, por negligencia o mala fe, habría disimulado minuciosamente, dando de esta guisa por muerto y extinto lo que en puridad estaba, más bien, moribundo o en estado de putrefacción. Valga rescatar aquí alguno de los ejemplos, como este en referencia al capitalismo neoliberal: “la tarea del político es asegurar el adelgazamiento del Estado, un Estado que, sin embargo, tiene que mantenerse porque con su desaparición no habría Mercado que subsistiera”. Así las cosas, el correlato de esta paradójica modernidad tardía se cifraría en el actual “estado de excepción económico” —es decir, la desfiguración del Estado (con mayúscula) de la

otrora economía política— y con este, de consuno, una constelación ideológica destilada cruelmente del lenguaje moderno (soberanía/interdependencia, autoridad/autonomía individual). Todo lo que a este respecto yo pueda glosar resultaría menos elocuente que la cita desnuda:

Aunque ni la soberanía ni la autoridad ni la emancipación son lo que está mandado creer que son, la ideología tardomoderna vive del convencimiento de que la soberanía está eclipsada, de que la autoridad se ha transferido a la conciencia individual y de que la emancipación es un horizonte irrenunciable y apasionante. La verdad de la soberanía es su pulverización en la hiperactividad incoativa de cada Yo, la de la autoridad corresponde a los expertos en señalar las tendencias del futuro, y la de la emancipación radica en la conversión acelerada de todo tiempo en un pasado que superar.

A quien desee proseguir la estela de este desmontaje (en el fondo, un desarme de la responsabilidad), no puedo, por rigor y por espacio, más que remitirle a la lectura del libro.

Sin embargo, y pese a lo anterior, dedicaré todavía unas palabras a la parte final de su trayecto. Pues, ante semejante panorama, todo lector bienpensante estaría en su legítimo derecho de preguntarse aún: “¿qué hacer?”. La desolación, ciertamente, nos invade por entero cuando, habiendo sospechosamente reprimido la advertencia contenida en el prólogo (aquello de que no se pondrían soluciones), arribamos a las palabras finales: “contra la excepción permanente no cabe rebelión, porque el no cesar de rebelarse constituye el primero de todos los mandatos que tal excepción impone”. Es decir, la reacción no significaría más que un paso en falso hacia un nivel más profundo en las arenas movedizas que supuestamente se pretendían sortear. Asimismo, un tanto entreveradamente, unas páginas antes, Valdecantos había dejado caer una observación que bien merece una breve reflexión; este escribía: “librarse de lo que frena el advenimiento de la novedad es, en efecto, una de las experiencias emancipatorias más rotundas que pueden vivirse”. Con otras palabras, el único modo de resistir, al menos parcialmente, pasaría por algo parecido al sombrío desafío de la indiferencia, la renuncia. Actitud que podríamos denominar el “bien de Bartleby” (por oposición a la manoseada expresión “mal de...”). Arribamos aquí a la estrategia solo (¿solo?) aparentemente pírrica que nos legaría Valdecantos. El lector entenderá mejor ahora la perspectiva retórica antes referida, pues la “desviación” teórica presentada obliga a poner entre paréntesis el meridiano sentido común de la tradición pragmática. De ahí, por un lado, las aceradas sugerencias encaminadas al abandono y la consecuente

RESEÑAS

interrupción de los juegos de lenguaje vigentes (aunque, ¿quién utiliza a qué y viceversa?) y, por otro, de resultar lo anterior si no imposible sí de complicado cumplimiento, el diabólico consuelo de la ironía, esto es, la profanación paulatina de la consagrada tópica (palabras clave, diccionarios, dispositivos de palabras...) que subyace y constituye a la ideología imperante. Para ello, nos sugiere Valdecantos, nada más pertinente y efectivo que el uso del entrecomillado o el oxímoron. El lector lo entenderá perfectamente: no es lo mismo escribir democracia que “democracia” (tampoco es lo mismo pronunciar la palabra democracia con solemnidad hierática, que acompañarla de una sonrisa y un guiño); de igual modo derechos humanos, que “derechos humanos”, etc. Es más, ¿no es el propio título del volumen, *La excepción permanente*, un sintomático oxímoron de nuestro tiempo? Ahora bien, los oxímoros de por sí tan solo garantizarían la contradicción, y de estas contradicciones ya se había ocupado la tradición marxista con expresiones clásicas como “dictadura del proletariado” o la “revolución permanente”. Y nada de ironía, en efecto, se desprendía de estas últimas. Es por ello que el oxímoron no basta; es preciso además un plus de epanortosis para que aquel quede paródicamente desmentido y sea encentable alguna suerte —otra— de resistencia teórica.

Una duda, un dejo, me queda empero tras la indigesta lectura. En un momento determinado del escanciado, prestos al fin, Valdecantos escribe lo siguiente:

Nada de esto es un secreto para ningún súbdito de la modernidad tardía, pero pocos serán quienes lo admitan de manera franca, porque, de hacerlo, se desearían tres de los grandes pozos [soberanía, autoridad, emancipación] que abastecen las necesidades de identidad y autoestima del hombre y la mujer contemporáneos (cursiva mía).

Mi impresión, por el contrario, invertiría la observación: todo esto es un secreto (resultado de la inopia cultural)... y por eso pocos lo admitirían... Pero quizá la sociedad siempre sea mucho más cínica de lo que uno está ingenuamente dispuesto a admitir. Y de saber, de que la cosa fuera pública y notoria, nadie nos asegura tampoco que no nos decantásemos por el autoengaño o la servidumbre voluntaria.

FABIO VÉLEZ BERTOMEU
Departamento Académico de Lenguas,
Instituto Tecnológico Autónomo de México